PALABRAS DEL DOCTOR

FERNANDO BATISTA JIMÉNEZ

DURANTE LA CEREMONIA DE

TOMA DE PROTESTA COMO

RECTOR DEL CAMPUS MÉXICO

DE LA UNIVERSIDAD PANAMERICANA

Bernardo de Chartres decía que somos como enanos subidos a hombros de gigantes: si alcanzamos a ver más lejos, no es porque nuestra vista sea mejor ni porque nuestra estatura sea mayor —algo que en mi caso resulta bastante evidente—, sino porque caminamos sobre quienes nos han precedido.

Hoy esa imagen adquiere una especial fuerza porque recibo un campus que es fruto del trabajo, la inteligencia, la generosidad y, muchas veces, el sacrificio silencioso de quienes nos han precedido. Cada generación ha recibido esta obra, la ha hecho suya durante un tiempo y la ha entregado a la siguiente.

Al recibir la estafeta del doctor García, quiero expresarle, en nombre de todos los que formamos parte de nuestra querida Universidad, nuestra gratitud y afecto por su visión estratégica, que tanto nos ha aportado en más de una década de entrega y servicio generosos.

Asumo la rectoría sabiendo que este campus forma parte de una Universidad que es más grande que cada uno de sus campus. México, Guadalajara, Aguascalientes y el IPADE tienen su historia, su personalidad y sus fortalezas, pero compartimos una misma visión y misión.

Esa unidad tiene hoy, en nuestra rectora general, la doctora Fernanda Llergo, una especial custodia. Quiero expresarle mi gratitud y mi afecto por su confianza y su cercanía, su prudencia, su sentido del humor, su temple y espíritu de servicio en el gobierno de nuestra querida Universidad. Saber que caminamos juntos permite mirar el futuro con mayor confianza.

Asumo esta responsabilidad con gratitud, con ilusión, pero, sobre todo, con responsabilidad y conciencia clara de que no lo haré solo. Confieso que no me resulta fácil dejar la muceta roja para vestir la negra que hoy recibo. Aunque sospecho que el cambio de color será la parte más sencilla de la transición.

En la Facultad Derecho me he formado, he encontrado maestros, colegas y amigos. Ahí también he enseñado y procuraré seguir haciéndolo, porque ser profesor es mi vocación, aunque soy consciente que ahora me corresponde ser rector para que otros puedan ser mejores profesores.

Desde el Derecho aparece, además, una paradoja. Un rector no se mueve principalmente en el terreno de los derechos; se mueve en el de los deberes. Deberes hacia quienes hicieron esta Universidad antes que nosotros. Deberes hacia quienes hoy enseñan, investigan, estudian y trabajan en ella. Deberes hacia nuestros alumnos y sus familias. Deberes hacia la sociedad a la que pertenecemos. Deberes, también, hacia quienes recibirán algún día la Universidad que nosotros les entreguemos.

El primero de esos deberes es servir. San Josemaría nos dejó una expresión tan breve como exigente: «Para servir, servir». Son palabras que pueden ser leídas en dos sentidos. Para servir, para ser verdaderamente útil a los demás, hay que querer ser servidor. Pero también a la inversa: para ser útil a los demás hay que servir, hay que estar preparado, ser competente, hacer bien las cosas.

Servicio y excelencia. Me parece que no se entiende lo uno sin lo otro y quisiera que ese binomio inspirara los años que tenemos por delante. Digo «tenemos» deliberadamente porque una de las riquezas de la Universidad Panamericana es su gobierno colegial. El rector no gobierna su Universidad ni desarrolla su proyecto. Le corresponde escuchar, deliberar y decidir junto con otros. Tendré la fortuna de compartir esta responsabilidad con el Consejo de Dirección del Campus, con el Consejo de Rectoría, con los Decanos, con el claustro de profesores y con tantas personas que, desde las distintas áreas de servicio, participan en el gobierno y la vida de nuestra comunidad universitaria.

La colegialidad tiene muchas virtudes. Entre ellas, una particularmente saludable para quien ocupa la rectoría: recordarle con bastante frecuencia que se equivoca.

La colegialidad no es solamente una manera de organizar la toma de decisiones. Expresa una convicción profundamente universitaria: ninguno de nosotros posee todas las respuestas. Escuchar razones, contrastarlas, deliberar, estar dispuesto a cambiar de opinión y buscar juntos la mejor respuesta forman parte de nuestra manera de acercarnos a la verdad. Por eso es natural que forme parte también de nuestra manera de gobernar.

El rector no tiene una Universidad. La Universidad tiene, durante un tiempo, un rector que debe servirla. ¿Y qué significa servirla? Me parece que para responder tenemos que mirar lo que siempre hemos sido.

El fin de semana pasado tuve la oportunidad de asistir con mi hijo Pablo a una convivencia de padres e hijos. En la casa donde nos hospedamos encontré un escudo que me llamó la atención. Tenía una inscripción en latín: «*Non nova sed novum*». No cosas nuevas, sino de una manera nueva. Me quedé pensando en esa frase porque me parece que expresa bien lo que significa asumir una responsabilidad como esta.

La Universidad Panamericana no comienza hoy, ni pertenece a quienes tenemos temporalmente la responsabilidad de dirigirla. Nuestra tarea no consiste en comenzar de nuevo, ni en cambiar por cambiar. Consiste en reconocer lo que hemos recibido, cuidar aquello que nos define y, al mismo tiempo, encontrar nuevas maneras de responder a los desafíos de nuestro tiempo.

La fidelidad a una tradición no consiste simplemente en conservarla, sino en mantenerla viva. Quizá esa sea una buena manera de expresar el desafío que tenemos por delante: hacer cosas nuevas sin dejar de ser quienes somos.

Y para saber qué debemos conservar y qué podemos renovar, conviene recordar qué es, en su esencia, una universidad. Una universidad es, antes que cualquier otra cosa, una comunidad de maestros y estudiantes. Personas que enseñan y personas que aprenden y que, no pocas veces, intercambian esos papeles. Personas reunidas por una convicción extraordinariamente sencilla: que la verdad existe, que vale la pena buscarla y que ninguno de nosotros puede apropiarse de ella.

Una universidad vive en sus aulas, en sus laboratorios, en sus bibliotecas, en sus hospitales, en sus talleres. Vive en una conversación entre un profesor y un alumno. En las horas que un investigador pasa intentando resolver un problema cuya respuesta todavía desconoce. En un libro que nos lleva a cambiar de opinión. En un experimento que fracasa. En una pregunta que nadie había formulado de esa manera. Ahí sucede la universidad. Y a quienes tenemos responsabilidades de gobierno nos corresponde crear las condiciones para que todo esto pueda suceder.

La Universidad Panamericana debe estar orgullosa, ante todo, de sus maestros. Todos deberíamos saber quiénes son nuestros grandes profesores. Conocer qué estudian, qué han escrito, qué han descubierto, qué preguntas les quitan el sueño. Y cuando nuestros alumnos recuerden su paso por nuestra Universidad, deberían poder poner nombre y rostro a los maestros que les cambiaron la manera de mirar el mundo.

Por eso, nuestros profesores deben encontrar aquí las condiciones para hacer el mejor trabajo de su vida. Para estudiar, investigar, discutir, escribir, equivocarse, volver a intentar y enseñar cada vez mejor.

Pero una universidad no se construye solamente desde las aulas, los laboratorios o los espacios de investigación. Se construye también gracias al trabajo de tantas personas que, desde responsabilidades muy distintas, hacen posible que nuestra vida universitaria funcione cada día. Pienso en quienes administran nuestros recursos, cuidan nuestras instalaciones, atienden a nuestros alumnos y sus familias, organizan

nuestros procesos y resuelven, muchas veces sin que lo advirtamos, los problemas cotidianos de una institución tan compleja como la nuestra.

Quisiera expresarles también mi reconocimiento y gratitud. Su trabajo no es ajeno a nuestra misión educativa: forma parte de ella. La Universidad Panamericana necesita grandes profesores, pero necesita igualmente grandes profesionales en todas sus áreas. Personas que encuentren aquí oportunidades para crecer, para desarrollar sus capacidades y para saber que su trabajo importa.

Una universidad necesita una administración profesional, procesos eficientes y una organización sólida. Pero no debemos perder nunca de vista que los procesos deben estar al servicio de las personas y de la tarea universitaria, y no las personas al servicio de los procesos. Porque la excelencia de una universidad también se reconoce en la manera en que trabaja y, sobre todo, en la manera en que trata a las personas que forman parte de ella.

Una universidad que pone a la persona en el centro de su misión debe hacerlo también en su vida cotidiana. En la manera en que trabaja, en que reconoce el esfuerzo de cada uno y en que procura que todos encuentren las condiciones para hacer bien su trabajo y desarrollarse profesional y personalmente.

Decía Carlos Llano que "la Universidad Panamericana ha sido criticada en el punto que es precisamente nuestra característica diferencial y definitiva: preocuparnos no sólo de la enseñanza técnica y científica, sino especialmente de la formación de la persona. Todo es importante, sin duda —señalaba— pero la persona es primero."[1]

Esta convicción, que hunde sus raíces en la tradición universitaria, resulta particularmente necesaria en nuestro tiempo. Vivimos una época fascinante. Nunca habíamos tenido acceso a tanto conocimiento ni tanta

[1] Carlos Llano. «Lección magistral en la apertura del simposio: Las publicaciones de Soren Kierkegaard de 1843» Tópicos. pp. 313-320. Número monográfico, 1993

capacidad para transformar la realidad. Nunca habíamos podido calcular, comunicar, curar, construir y procesar información a la velocidad con que podemos hacerlo hoy. Nunca habíamos sabido tanto y, quizá, nunca habíamos necesitado tanto aprender a pensar qué hacer con lo que sabemos.

La inteligencia artificial nos obliga a preguntarnos qué significa aprender cuando una máquina puede responder en segundos preguntas que antes exigían horas de trabajo. Nos obliga a distinguir entre disponer de una respuesta y comprenderla; entre utilizar una herramienta y delegarle nuestro pensamiento.

Las ciencias de la salud nos sitúan ante preguntas sobre los límites de nuestra capacidad para intervenir en la vida humana, sobre el comienzo y el final de la vida, sobre la relación entre aquello que técnicamente podemos hacer y aquello que debemos hacer; sobre la importancia de los trabajos de cuidado y el valor de la salud mental.

El desarrollo tecnológico nos enfrenta a preguntas sobre privacidad, autonomía, trabajo, seguridad y sobre el mundo que estamos construyendo con herramientas cuya capacidad crece a una velocidad difícil de imaginar hace apenas unos años.

En la empresa y en la economía discutimos cómo conciliar eficiencia y justicia; cómo entender el trabajo cuando la tecnología transforma profesiones enteras; qué significa crear valor y cómo conseguir que el desarrollo alcance realmente a las personas.

Nuestras sociedades se preguntan cómo preservar la libertad, la convivencia y la confianza en las instituciones en medio de la polarización; cómo discutir con quien piensa distinto sin convertirlo en enemigo; cómo distinguir lo verdadero de lo falso cuando nunca había sido tan fácil producir y difundir algo verosímil.

El arte y las humanidades nos recuerdan, además, que no todo lo valioso puede medirse por su utilidad. La música, la literatura, las artes visuales y las demás expresiones de la creatividad humana nos ayudan a descubrir la belleza, a comprender mejor nuestra condición y a mirar el mundo con otros ojos. Una universidad debe ser también un lugar donde se aprenda a reconocer, crear y disfrutar la belleza.

Nos preguntamos qué significa educar cuando la información está disponible de manera casi ilimitada; cómo están cambiando nuestras relaciones y nuestra comprensión de nosotros mismos; qué significa crear cuando una máquina también puede producir textos, imágenes y música.

Estas son algunas de las grandes preguntas de nuestro tiempo. No todas. Pero el rector tampoco debe decidir cuáles son las preguntas que corresponde se hagan. Esa es tarea de los profesores y de los alumnos. La responsabilidad del gobierno universitario no consiste en señalar de antemano las preguntas ni mucho menos en proporcionar las respuestas. Consiste en crear las condiciones para que puedan buscarse unas y formularse otras con rigor, con libertad y con la responsabilidad que esa libertad exige.

Muchas de las grandes preguntas de nuestro tiempo tampoco pertenecen por completo a una sola disciplina. Hemos organizado el conocimiento en escuelas y facultades. La realidad, afortunadamente, nunca ha respetado nuestros organigramas. Y probablemente hace bien.

La medicina necesita conversar con la filosofía, el Derecho y la ingeniería. La tecnología necesita de la ética y de las ciencias humanas. La empresa necesita comprender a la persona y a la sociedad. El gobierno necesita del Derecho, de la economía, de la historia y de la comunicación. Las humanidades necesitan comprender la revolución científica y tecnológica que está transformando el mundo sobre el que reflexionan.

Por eso no basta con que tengamos grandes profesores. Tenemos que conseguir que se encuentren. Una Panamericana verdaderamente universitaria debe hacer posible que un investigador de Ingeniería descubra que a unos metros hay un filósofo haciéndose una pregunta relacionada con la suya; que un médico encuentre a un jurista con quien pensar un problema que ninguno de los dos podría resolver por separado; que economistas, matemáticos, contadores, mercadólogos, psicólogos, pedagogos, comunicadores, músicos, empresarios y expertos en gobierno descubran que forman parte de una misma conversación. Eso significa ser universidad.

Alejandro Llano nos recordaba que toda innovación nace de las personas y vuelve a ellas. Por eso, la tarea de la universidad consiste también en crear las condiciones para que profesores y alumnos puedan detenerse a pensar, cuestionar lo establecido y descubrir nuevas maneras de comprender la realidad.[2]

Hoy en día cualquier joven lleva en el bolsillo herramientas capaces de proporcionarle una explicación razonable sobre casi cualquier asunto en cuestión de segundos. Si una universidad fuera solamente un lugar al que se acude para recibir información, tendríamos motivos para preocuparnos. Pero información y conocimiento nunca han sido lo mismo.

Una universidad enseña a preguntar. Enseña a distinguir. Enseña a argumentar. Enseña a escuchar una objeción y reconocer que quizá tenga razón quien la formula. Enseña que algunos problemas importantes no tienen una respuesta inmediata. Enseña la disciplina de dedicar meses o años a comprender algo difícil.

Por eso podemos mirar con enorme esperanza el futuro de las universidades y, en especial, de nuestra querida Universidad Panamericana. No porque los retos sean pequeños, sino porque tenemos

---

[2] Cfr. Alejandro Llano. «Repensar la universidad. La universidad ante lo nuevo» p. 53. Ediciones internacionales universitarias: Madrid, 2007.

aquello que necesitamos para enfrentarlos: una identidad clara, una gran tradición universitaria y, sobre todo, personas extraordinarias. Nuestra tarea durante los próximos años será servirlas.

Servir a nuestros profesores significa exigirles mucho y darles las condiciones para que puedan dar mucho, permitiéndoles formular preguntas ambiciosas y acompañarlos en la búsqueda paciente de respuestas. Servir a nuestros alumnos no significa simplemente procurar que estén a gusto durante los años que pasan con nosotros, sino ofrecerles maestros extraordinarios, exigirles todo aquello de lo que son capaces y ayudarlos a convertirse en personas más sabias, más libres y dispuestas a servir. Servir a la sociedad significa no limitarnos a seguir las conversaciones de nuestro tiempo, sino contribuir a ellas con conocimiento serio, con libertad intelectual y con una mirada profundamente humana.

Esta no es una Universidad que hoy comience. Tampoco es una Universidad que nos pertenezca. La hemos recibido. Quienes nos precedieron la han puesto en nuestras manos. Nuestra Rectora General nos recuerda que la tarea que realizamos en este campus forma parte de una misión que compartimos con toda la Universidad Panamericana. A nosotros nos corresponde, durante un tiempo, cuidarla, hacerla crecer y procurar estar a la altura de aquello para lo que fue fundada.

Antes de terminar, quisiera expresar un agradecimiento muy especial a mi familia. A Rocío, mi esposa, y a nuestros hijos, Álvaro, Diego, Emilio, Ana y Pablo. Su cariño, su comprensión y su apoyo hacen posible mucho más de lo que estas palabras pudieran expresar. Gracias por estar siempre ahí. Gracias también a mi mamá, que hoy nos acompaña, y a mi papá, cuyo ejemplo y cariño siguen muy presentes en mi vida.

Algún día me tocará entregar la medalla de rector del campus. Cuando llegue ese día espero poder hacerlo con la misma gratitud con la que hoy la recibo. Espero que podamos mirar juntos la Universidad que entonces entreguemos y saber que fuimos fieles a lo que recibimos, precisamente

porque no nos limitamos a conservarlo. Espero que quienes vengan detrás puedan ver un poco más lejos. También ellos estarán sobre nuestros hombros, aunque algunos no podamos ofrecerles demasiada altura.

Hasta entonces, tenemos mucho que estudiar, mucho que enseñar, mucho que investigar y mucho que hacer. Tenemos, sobre todo, mucho que servir.

¡Muchas gracias!